

para atravesar la tempestad desencadenada sobre ella.

Carlota es indudablemente inaccesible a la seducción; el deber forma su propia naturaleza; su rectitud la defiende de la menor fragilidad; antes que sucumbiera, moriría. Pero si incorruptible su virtud, su imaginación es sensible, dada a la poesía, y a la música, enamorada de bellos ensueños. Su vida anda, pero su alma vuela. Werther personifica sus aspiraciones ideales y le aparece como evocado por la magia de los versos de que gusta y de las melodías que toca en el clavicordio, surgiendo de las oceánicas regiones en que se ciernen sus pensamientos. Cuando el fantasma se hace carne y se precisa su vago amor con los rasgos de violenta pasión, sin duda que Carlota se espanta y se reprocha el no haberlo rechazado; sin duda que retrocede ante la hoguera que encendió sin querer, pero secreto hechizo la trae de nuevo al círculo de embeleso. «Esto no puede seguir así» —exclama un día—no; no puede durar.» Y sin embargo, sigue, puesto que deja que vuelva, y de grado o a la fuerza, en la última entrevista cae un instante en sus brazos. El la estrecha contra su corazón y cubre sus temblorosos y balbuécientes labios de frenéticos besos. —«Werther—exclama ella con ahogado acento y volviéndose,—¡Werther!»—Y con mano débil intenta separarle. «¡Werther!»—repite por fin con noble e imponente tono. No pudo resistirlo Werther, dejó que se desprendiera de sus brazos y se echó al suelo como un energúmeno. Ella se arranca de él y turbada, temblando entre la cólera y el amor, le dice:—«Esta es la última vez, Werther; no me veréis más.» Y después, mirándole un momento con amorosos ojos, corre a su cuarto, y se encierra en él.

Carlota no vuelve a verle, puesto que Werther se suicida a la siguiente noche, pero le pertenece ya más allá de la muerte. Depuso ya en sus labios el beso profundo y terrible que hundió en el corazón la flecha que no se

arranca jamás. La sangre del suicidio encontrará la herida. Tal vez, a vivir él más tiempo, Carlota lo hubiera alejado; pero la muerte le hace irresistible e inolvidable, y su trágico espectro va a encarnarse en su vida. «¡Eres mía! ¡eres mía!» clama Werther en su última carta. Y es verdad; entre su mujer y él, Alberto sentirá desde ahora invisible tercero. Ocupará una sombra su tálamo e irá obscureciéndose cada día con funestos sueños que surgen de la tumba.

Werther, como es sabido, no es una simple ficción; la autobiografía se mezcla con la novela; Goethe corrió realmente el peligro de ser el héroe de su propia obra. Tendría veinte y cuatro años, cuando su padre deseoso de que perfeccionara sus estudios de derecho, le envió a Vetzlar en Hesse, donde conoció a Carlota Buff, hija del bailio de la Orden alemana, y novia de un joven secretario de la Legación de Hannover, llamado Kestner: «Era esbelta y ligera, elegante, respirando salud... la alegre actividad que la acompaña, el cumplimiento fácil de los deberes cotidianos, eran sus cualidades, y más que a particulares afecciones, se inclinaba naturalmente a cierta benevolencia general.» Tal es el retrato que traza en sus memorias, de la verdadera Carlota, a la cual la novela sólo ha dado relieve. Goethe pasó en fraternal intimidad con ella y su novio, noblemente confiado, el verano de 1772, que califica de «magnífico idilio alemán, a cuya prosa proveía la fértil comarca, y a la poesía aquella pura afección.» Acabó por enamorarse, pero el idilio no perdió por ello su inocencia. En cuanto se sintió seriamente herido, huyó a toda prisa, tanto, que se fué sin despedirse.

Algunos meses después, el joven Jerusalén, hijo del pastor Riddagshausen y secretario de la legación de Brunswick, el cual se hallaba también en Wetzlar por aquellos días, enamorado sin esperanza de la mujer de un colega, se levantó la tapa de los sesos con una pistola que le prestó Kestner.